

de Agosto y Septiembre he contemplado el curioso espectáculo en los bosques de Serra do Mar, entre Santos y S. Pablo, y los 6 u 8 figurantes eran siempre machos. El «traspunte» o director, no baila, limitándose a dar las dos señales, una para el comienzo y otra para la interrupción de la danza. Los demás participantes se hallan posados en hilera, a lo largo de una rama, y al primer *te-te-te-te* del director, se alzan en el aire, como aleteando a un palmo y medio de altura, para bajarse y apenas posados un momento vuelven a levantarse. Este movimiento de ascenso y descenso, los varios pajaritos lo ejecutan simultánea, pero desordenadamente, al mismo tiempo que emiten un gorgéo apagado y continuo. Durante medio minuto se exhiben así, hasta que una señal, idéntica a la primera, les obliga a parar. Después de un corto descanso, se repite la misma maniobra, y así por dos o tres veces. Finalmente el grupo se disgrega, volando hacia la espesura y, pico-teando frutitas o insectos se entretienen los lindos pajaritos, para después de algún tiempo repetir la danza en el mismo sitio y, eventualmente, todavía una vez más, después de un nuevo intervalo».

Como se ve, esta observación difiere sensiblemente de la referida más arriba. Es muy probable que otros cazadores hayan presenciado danzas a su vez distintas en un todo, o en los detalles, por lo que creemos que los «tangaras» no se ciñen realmente a un «bailado clásico», sino que de acuerdo con la fantasía de las diversas tribus, unas adoptarán el minué, otras el vals y aún el tango...

(Del «Diccionario da Fauna do Brasil», que publica el «Boletim de Agricultura», S. Paulo).

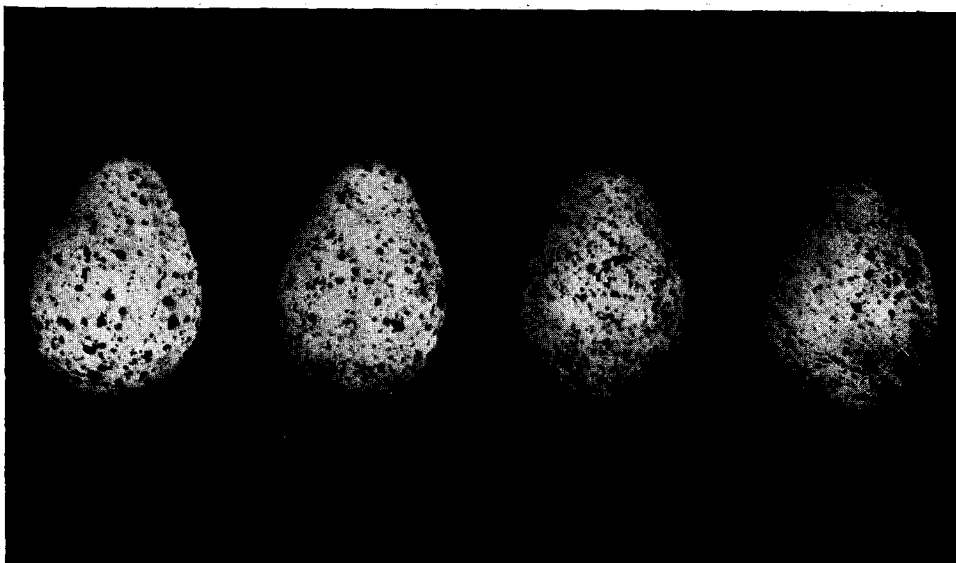
NOTA SOBRE LA AGACHONA, *THINOCORYS* *RUMICIVORUS*

Por CHARLES F. BELCHER

El 5 de diciembre de 1935, encontrándome en Pilcaniyeu, gobernación del Río Negro, tuve la suerte de dar con un nido de agachona (*Thinocorys rumicivorus rumicivorus* Esch). Acompaño una fotografía de este hallazgo en que se ven los huevos de tamaño natural.

El lugar era un pedazo de terreno plano en el fondo de un valle en un campo abierto y ondulado, cuyas tierras circunvecinas tienen señales evidentes de haber sido cultivadas. Había visto al pájaro volver del mismo lugar próximamente, dos o tres veces, pero había tratado en vano de hallar el nido. Por último, en un día de viento fuerte, decidí, marchando cara

a él, llegar al lugar en el que yo estaba convencido que estaría el nido, aunque los yuyos y la extrema precaución del pájaro me habían impedido verlo cuando volvía hacia él. Al hallarme más o menos a 50 yardas empecé a caminar muy despacio y silenciosamente en la presunta dirección, y ya iba a dar por fracasada la pesquisa, cuando, súbitamente voló a menos de una yarda de mis pies. Al principio no pude ver nada, pero después, registrando con cuidado cada pulgada de terreno en un par de varas cuadradas, observé una mancha sensiblemente circular y más o menos como la palma de la mano que aparecía como desarreglada y cubierta después con algunas pajas. Examinando esto y pensando que sería el lugar en que



Huevos de la agachona, *Thinocorys rumicivorus*.

el pájaro iba a hacer el nido pero que todavía no había empezado, separé la tierra suavemente y ví los cuatro ápices más anchos de los huevos que estaban completamente enterrados con la punta hacia abajo. El pájaro debe haberme sentido desde bastante distancia y ha tenido tiempo no solo de enterrar los huevos, sino también de cubrirlos de pajas. Esta costumbre de enterrar los huevos cuando el pájaro los deja es practicada también por el chorlo, *Charadrius varius* (Sand Plover de Kittlitz) del S. E. de Africa y posiblemente por otros miembros del mismo grupo.

Ese día y en la misma localidad, pero en un lugar más alto, encontré un pichón del chorlo cabezón, *Oreopholus*, todavía con su plumón, correteando y vigilado por sus padres.

Puerto España - Trinidad.

(Traducción de P. S. CABAL)